

Serie: Conferencias No. 10

Don Quijote: ¿héroe o antihéroe?

| *Ángel Pérez Martínez* |

*Don Quijote:
¿héroe o antihéroe?*



**UNIVERSIDAD
DEL PACÍFICO**

© Universidad del Pacífico
Avenida Salaverry 2020
Lima 11, Perú
www.up.edu.pe

Don Quijote: ¿héroe o antihéroe?

Ángel Pérez Martínez

1a. edición: julio 2010

Diseño de la carátula: Ícono Comunicadores

I.S.B.N.: 978-9972-57-161-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2010-08865

BUP-CENDI

Pérez Martínez, Ángel

Don Quijote : ¿héroe o antihéroe? / Ángel Pérez Martínez. -- Lima :
Universidad del Pacífico, 2010.

56 p. -- (Conferencias ; 10)

Bibliografía: p. 51-56.

ISBN 978-9972-57-161-9

1. Cervantes Saavedra, Miguel de, 1547-1616. Don Quijote de la Mancha – Crítica e interpretación I. Universidad del Pacífico (Lima)

868.324 Z3P

Miembro de la Asociación Peruana de Editoriales Universitarias y de Escuelas Superiores (ApeSu) y miembro de la Asociación de Editoriales Universitarias de América Latina y el Caribe (Eulac).

La Universidad del Pacífico no se solidariza necesariamente con el contenido de los trabajos que publica. Prohibida la reproducción total o parcial de este texto por cualquier medio sin permiso de la Universidad del Pacífico.

Derechos reservados conforme a Ley.

<i>Don Quijote: ¿héroe o antihéroe?</i>	11
¿Un héroe fuerte?	14
Valor e ingenio en el <i>Quijote</i>	21
Aventuras victoriosas	25
Las derrotas	27
El noble frente al plebeyo: Sancho y la fortaleza	31
El <i>Quijote</i> y la composición del héroe literario	34
Los estadios del protagonista	35
Relación de los estadios con la historia de la literatura	35
La fortaleza en los tres estadios	38
Una heroicidad aventurera	43
BIBLIOGRAFÍA	51

Don Quijote: ¿héroe o antihéroe?¹

En una época en que seguimos buscando héroes, en que algunos intentan serlo so pena de verse como atrevidos y en que otros quedan desencantados de los mismos, recordamos hoy a un héroe frágil de la literatura cuya figura se alza desde España y que puede verse en todo el mundo. A pesar de su antigüedad, sigue sorprendiéndonos. Su delgada imagen parece seguir campeando por los campos manchegos y por los de la cultura universal. Su amor por Dulcinea es sencillo y maravilloso y su amistad con Sancho Panza es un pozo de humor y sabiduría. La pregunta con la que hemos titulado esta conferencia es una excusa para seguir asombrándonos. Tal vez es un ejemplo sobre cómo las humanidades –«el conjunto de los hechos propiamente humanos», como decía Ortega y Gasset (1983 [1935]: 236)– pueden iluminar otras áreas de la vida.

1. Este texto corresponde a la conferencia dictada en la Universidad del Pacífico con ocasión del Día del Idioma Español en el año 2008. Dicha conmemoración recuerda que el 23 de abril de 1616 falleció Miguel de Cervantes. Las ideas que se presentaron esa fecha se desarrollaron inicialmente en un capítulo de la tesis con que obtuve el grado de doctor en la Universidad Complutense de Madrid: *La idea de virtud en el Quijote*.

Alonso Quijano es un hidalgo de finales del siglo XVI. Su nobleza es paradójica, pues no posee grandes riquezas y su vida poco tiene que ver con el mundo de las armas. Posee una pequeña hacienda que administra con sencillez. Además de sus obligaciones, mata el tiempo con algunos pasatiempos como la caza y la lectura. Viven con él su sobrina y el ama de llaves. Tiene varios amigos en su pueblo, entre los que destacan el cura y el barbero. Es ya mayor: cerca de la cincuentena, lo cual es bastante decir para esos tiempos. La vida de don Alonso es una vida normal, consuetudinaria, una estampa de la existencia de algunos hijos menores de la nobleza española de los Siglos de Oro. Podríamos realizar muchas consideraciones sociales y políticas sobre el tema de la hidalguía en el crepúsculo del siglo XVI en España, pero quedémonos en un área de reflexión más simple: el de la vida cotidiana. Cervantes nos pinta una estampa realista sobre las preocupaciones de un hidalgo en uno de los pueblos manchegos de la época. Quizás llama la atención el que en esta vida no haya sobresaltos, no haya grandes empresas, ni aventuras. Es una vida llana, que se parece en algo al paisaje de esas tierras.

El protagonista es un gran lector de novelas de caballerías, gasta mucho tiempo y dinero en esas lecturas. Las novelas de caballerías eran un pasatiempo común en esa época. Grandes aficionados a estas fueron Santa Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola. Incluso los analfabetos escuchaban su lectura en voz alta cual si se tratara de una representación. Alonso Quijano era uno de esos aficionados a las lecturas novelescas, afición cercana a la obsesión. Lo dice el narrador en el primer capítulo: «y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio». Se le llenaron la mente de esas imágenes que había leído en el *Palmerín de Oliva* o en el

Amadís de Gaula. Alonso Quijano quiere ser un héroe, a la manera de los caballeros andantes. Y entonces la pregunta se desgaja en nuevas posibilidades: ¿puede un loco ser un héroe?, ¿puede un hombre que no esté en el completo uso de sus facultades hacer el bien?

Podríamos decir que la historia de don Quijote es una novela escrita desde el sufrimiento, no de un sufrimiento tremendista o vacío, sino del sufrimiento propio de la condición humana. Cuando Alonso Quijano se enajena, de alguna manera nos está diciendo que la vida normal no le satisface, que una existencia ordenada y tranquila no le es suficiente. Y la vida que Alonso Quijano repudia se parece también a ciertos ideales de vida de nuestro siglo XXI: vidas sosegadas, con ciertas obligaciones, con áreas de esparcimiento y diversión, y en algunos casos también vidas aburridas. Alonso Quijano tiene una experiencia de aburrimiento, pero no en el sentido superficial del término. Vive un aburrimiento profundo, que en términos psicológicos modernos podríamos calificar como de una cierta depresión. Los antiguos maestros espirituales medievales también tenían una denominación para ese estado: el de la acedia, que correspondía a la tristeza de espíritu. Por ello Alonso Quijano busca una salida de esa situación, un proyecto de mayor sentido; y como su proyecto es imposible y descabellado, la salida termina siendo la tergiversación literaria de la realidad.

El modelo de caballero para don Quijote es Amadís de Gaula, a quien considera «el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos» (Cervantes 2005 [1605]: 275 [I, 25]). Aquel caballero que mejor se acercara a este modelo alcanzaría la perfección de la caballería, y entre las virtudes que don Quijote recuerda están «su prudencia, valor,

valentía, sufrimiento, firmeza y amor» (Cervantes 2005 [1605]: 275 [I, 25]). Para poder responder a la disyuntiva de si don Quijote es héroe o antihéroe, atenderemos especialmente a una de las virtudes características del heroísmo: la del valor, que también está relacionada con la de la firmeza y cuya traducción es la de la fortaleza, como veremos a continuación

¿Un héroe fuerte?

En Homero las características del héroe son la sagacidad, la valentía, el ingenio y la fortaleza física. De todos los héroes homéricos, quizás sea Odiseo el que condensa los valores mencionados (Curtius 1955 [1948]: 246). El punto de partida del héroe literario es homérico, y a partir de allí los autores buscarán mantener un equilibrio entre las capacidades guerreras y la virtud moral. De entre los romanos, Virgilio rompe el equilibrio; la virtud moral pasa a convertirse en el centro de la estructura heroica. En opinión de Ernst-Robert Curtius, la virtud moral destierra la sabiduría homérica y forma con la destreza en las armas un equilibrio novedoso.

«Después de Virgilio, la pareja *sapientia-fortitudo* degenera en tópico. En Estacio (*Aquileida*, I, 472), Ulises se llama *consiliis armisque uigil*. El mismo Estacio creó un esquema que haría fortuna y serviría para muchas diferenciaciones elementales de dos personajes, en la *Tebaida*, X, 249 ss., dice de dos guerreros que se distinguen, uno por su enorme fuerza, el otro por su talento de dar buenos consejos». (Curtius 1955 [1948]: 252)

La evolución del concepto pasa por los comentarios de Dares y Dictis, quienes desarrollan una plataforma de pen-

samiento que llega hasta Fabio Planciades Fulgencio. Para el obispo de Cartago en su *Mitología*, las palabras iniciales de la *Eneida*, «*arma virumque*», tienen un significado importante «porque toda perfección consiste en vigor corporal y sabiduría» (Fulgencio 1542: 143). Siguiendo siempre a Curtius, la línea llega hasta San Isidoro de Sevilla, quien en las *Etimologías* desarrolla una teoría sobre la epopeya en que señala el valor y la sabiduría como características propias de los protagonistas². Este tipo de protagonistas se diferencia enormemente de los posteriores, aquellos que no escogen su destino o que ni siquiera intentan definirlo, sino que se encuentran inmersos en una estructura casi biológica que los va llevando hacia derroteros comunes y nada dramáticos.

La fortaleza es una virtud que se encuentra presente en el *Quijote* en forma paradójica. La idea de fortaleza se plasma en la contradicción del héroe contingente. A medida que avanza el desarrollo narrativo, Cervantes va describiendo a un protagonista con muchas fragilidades, pero con una relación peculiar con la virtud. Don Quijote es un hombre débil que se cree fuerte y que quiere alcanzar la heroicidad. Sus debilidades muestran la imposibilidad teórica de ese objetivo, pues es frágil en todas las dimensiones de su existencia: en lo físico (cerca de la ancianidad y consumido por el insomnio y las lecturas), en lo psicológico (desbocado por su locura caballerescas) y en lo espiritual (incapaz de realizar acciones totalmente libres). Sin embargo, y a pesar de estos factores, don Quijote se cree fuerte. Muchos critican este disparate y lo quieren hacer volver a la

2. «Se llama *heróico* el poema que narra las gestas y hazañas de los grandes hombres. Y es que héroes se llamaban aquellos varones, como si se dijera, "aéreos", dignos del cielo por su sabiduría y bravura» (San Isidoro 2004 [550?]: 343 [I, 39, 8]).

vida solariega, como el ama cuando, en la segunda parte de la novela, le pregunta:

«Y ¿podrá vuestra merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, el aullido de los lobos? No, por cierto, que éste es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas». (Cervantes 2005 [1605]: 1215 [II, 73])

Don Quijote cree en la realidad de su fuerte brazo (Cervantes 2005 [1605]: 48 [I, 2]) y una y otra vez se enfrenta a los peligros. Esta figura del hidalgo delirante es la que asombra, sorprende y mueve a risa o pena. En don Quijote también se plasma la contingencia de la naturaleza humana: el hombre que se expone a las inclemencias de la naturaleza, a los peligros de lo desconocido, al sufrimiento, a la injusticia y a la burla y crueldad de sus semejantes.

La fortaleza y el valor son las características fundamentales de la profesión caballeresca; sin embargo, Cervantes nos presenta un caballero ingenioso. Esta es una primera llamada de atención sobre el desarrollo del concepto en el libro. El ingenio es propio de los letrados y no de los caballeros.

Esa relación con los peligros representa en algo esta paradoja a la que me he referido. Quizás la escena más emblemática sea la de la pelea contra los molinos de viento. A don Quijote no le interesa el que otras fuerzas estén por encima de las suyas. Lo sabe cuando se enfrenta con aquellos «desaforados gigantes» contra los que lucha «en fiero y desigual batalla» (Cervantes 2005 [1605]: 95 [I, 8]). Aunque su fragilidad encuentra paralelismos en la literatura, como el caso de Eneas que no puede rescatar a su esposa o Aquiles que muere debido a su única vulnerabilidad,

el caso de don Quijote es diferente. Los héroes de la épica tradicional presentan ciertas fragilidades, pero, al contrario de don Quijote, estas son menores, no merman sus capacidades fundamentales, de manera que son aptos para enfrentarse a situaciones extremas. En la novela de Cervantes, las situaciones externas no son extremas y, sin embargo, la mayoría de las veces terminan en fracaso para el caballero. La fragilidad del protagonista se basa en su falta de juicio y no en la exposición a peligros reales.

Una de las características de la vida humana es la fragilidad. La condición mortal es ya una expresión de esta situación de precariedad³. Además de esta faceta objetiva, en la realidad humana se presentan innumerables inconsistencias como las enfermedades, el cansancio, las dolencias psicológicas o las decepciones amorosas. Menciono estas realidades porque sin esa conciencia de la fragilidad de la vida humana no podríamos hablar de fortaleza⁴.

En la Antigüedad la idea de fortaleza estaba ligada a lo exterior. La *andreia* es la valentía de los varones⁵, también es sinónimo de la edad viril y de hazañas y actos de valen-

3. «La fortaleza es lo que todos necesitamos al final; todos nosotros hemos de morir y no puede excluirse para ninguno de nosotros la posibilidad de una muerte horrible con grandes dolores o después de una larga enfermedad incapacitadora» (Geach 1993: 176).

4. «En el curso ordinario del mundo, aun en tiempos de paz, está ordenado de tal modo que los hombres necesitan fortaleza, y algunas personas, algunas veces muchísima; fortaleza para resistir, fortaleza para afrontar lo peor. Es probable que sólo unos pocos lleguen a persuadirse de que la fortaleza no es algo verdaderamente admirable; pero hay más probabilidades de que la gente llegue a considerar la fortaleza un ideal a admirar, en lugar de una virtud cotidiana que se espera de nosotros» (Geach 1993: 180).

5. Aquí concuerdan la mayoría de los diccionarios. He comparado el *A Greek-English Lexicon* (Liddell 1996) y el *Diccionario griego-español* (Rodríguez Adrados 2003 [1986]).

tía. Los alcances de la palabra llegan, además, hasta las ideas de madurez y de osadía. Parece ser que el concepto fue mera expresión de la fortaleza física en los primeros tiempos para luego empezar sus desarrollos en la epopeya⁶. En la obra homérica, este vigor debía estar sumado a la cordura (Homero 1982 [VIII a.C.]: 137 [VII, 288]); la valentía sumada a la sensatez solo aparece en Ulises (Curtius 1955 [1948]: 247). Este contraste entre la impulsividad y la reflexión es un tema presente en *La Ilíada* como una idea arcaica⁷. En la tragedia, la concepción heroica es una llamada a la reflexión, e incluso objeto de repulsa⁸. Curtius habla de la pareja de términos *sapientia – fortitudo*, que aparecen por primera vez en Homero y se repiten en la *Eneida*. Hay que acotar que la obra de Virgilio también influye, en ese senti-

6. «Homer found the subject of the Iliad in the doings of an age of heroes. For him the world had changed since those spacious days, and that race of the heaven-born had perished. The world of his similes is different from the world of his story, and he is fully conscious that his contemporaries are weaker than the great men of old» (Bowra 1950 [1930]: 234).

7. «El contraste entre la experimentada sabiduría de los viejos y la impulsiva irreflexión de la juventud atraviesa toda la *Ilíada*. ¿Cómo interpretarlo? Sin duda no como una meditación psicológica sobre la diferencia de edades, tan popular en la tardía comedia ática y en la teoría literaria helenístico-romana. En Homero es ésta una idea arcaica, primitiva» (Curtius 1955 [1948]: 248).

8. «El héroe de la tragedia no llama inmediatamente a la imitación; es más, a veces su acción es objeto de repulsa y su castigo es precisamente la lección. Sólo figuras secundarias, no implicadas en el verdadero centro de la peripecia trágica –tal el Odiseo del *Áyax*, de Sófocles, o el Teseo de su *Edipo en Colono*– pueden considerarse como modelos de acción, dignos de imitación directa. No el protagonista, ni siquiera cuando cumple una acción aprobada por los dioses y que culmina en el triunfo, tal el caso de *Electra* y Orestes en los diversos tratamientos del tema de la muerte de Clitemestra; porque para ello han de verse implicados en el horror de dar muerte a una madre» (Rodríguez Adrados 1962: 11-2).

do, en los ideales de la *pax augusta*. Posteriormente, siempre según Curtius, la pareja se convertirá en un tópico. Así lo confirman los escritos de Estacio y otros autores de la Antigüedad tardía. Una de las claves para comprender estos desarrollos se encuentra en las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla.

Luego de los aportes homéricos, son los primeros filósofos quienes entienden la fortaleza desde una perspectiva interior. La valentía: *andreia*, está propuesta por Platón como un tipo de conservación, y la compara con el método usado por los tintoreros para teñir el algodón. Son los primeros esbozos de una teoría sobre la fortaleza:

Si en un sentido lato la fortaleza se remite a sí misma, conforme pasan los siglos la concepción va cambiando⁹. El fuerte es fuerte en la medida en que sobrevive. Poco a poco vemos que la idea de fortaleza supera el sentido físico. Para Homero, hemos dicho, el fuerte no necesariamente sobrevive al combate, sino que pelea de manera gloriosa y sabia. El eje suele radicar en otra virtud o facultad. En Homero la fortaleza se apoya en la razón; en Aristóteles es un equilibrio para afrontar las dificultades. Hay una idea difundida sobre que el héroe trágico, en realidad, presenta un defec-

9. «Para los griegos de tradición estoica la virtud es fortaleza y elevación de ánimo frente a los impulsos irracionales y frente a los azares de la fortuna, mientras que para los griegos de tradición homérica hace hincapié en la excelencia de carácter, la armonía, la plenitud del hombre de bien que se alcanza en la medida en que se realiza el fin en el cual uno está llamado a plenificarse. En realidad, sin la sabiduría el esfuerzo es ciego, sin el esfuerzo la sabiduría es impotente, si falta conocimiento no hay voluntad, sino instinto, pero si falta la voluntad el conocimiento es inútil. Nada hay tan bueno en el mundo como una buena voluntad: ¿de qué serviría saber mucho y ser muy querido si no quisiéramos intentar hacer nada bueno? De bien poco» (Díaz 2004: 69).

to que es una culpa moral, lo cual es una mala interpretación de Aristóteles¹⁰. Ya hemos mencionado que la concepción de Virgilio está relacionada con la idea de *pax augusta*. La *fortitudo* es la virtud del que afronta los problemas con vistas a la consecución del bien. Solo se encuentra la fortaleza en aquel varón que es justo y prudente¹¹.

La perspectiva cristiana de la fortaleza nos da la determinación de realizar el bien en medio de la adversidad. La fortaleza está representada en la tradición mediante un escudo. Ello está relacionado con la aproximación de Santo Tomás cuando dice que «más que atacar, el acto principal de la fortaleza es el de resistir, es decir, permanecer inamovible ante los peligros» (Santo Tomás de Aquino 1954 [1262]: 405 [2-2 q. 123 a.6]). Esta concepción es la que influirá considera-

10. «Se considera como propiamente trágico el "conflicto cerrado", sin salida, de que habló Goethe; y, sin embargo, el teatro griego está lleno de ejemplos de tragedias con *happy end*, como la *Orestíada* de Esquilo (y otras varias trilogías suyas que tenemos noticia), la *Electra* y el *Filoctetes* de Sófocles y, en realidad, en un cierto sentido del que hablaremos, todas las tragedias griegas. Otra idea muy difundida, que parte de una mala interpretación de Aristóteles, es la del héroe trágico como un hombre superior pero con un defecto que es en realidad una culpa moral, un pecado. Esta concepción del héroe trágico tiene un fondo estoico, —está ya presente en Séneca— y es adoptada luego por el cristianismo; puede ejemplificarse con el *Macbeth* o el *Otelo*, de Shakespeare cuyos héroes ceden a la seducción diabólica [...] En cambio los trágicos griegos no aíslan el bien del mal en personajes diferentes. Un héroe culpable como Agamenón en la tragedia de Esquilo, comete sus culpas —la muerte de Ifigenia, las violencias en la toma de Troya— como parte de su mayor grandeza, el haber llevado al ejército griego a la victoria. El héroe, si cae, cae por una culpa que nace de su misma fuerza (Bowra 1944: 374); en un cierto sentido tiene, pues, razón Aristóteles al llamarle *ánatios*, sin culpa» (Rodríguez Adrados 1962: 14-5).

11. Hay una gran influencia de la filosofía estoica en esta última idea.

blemente en la filosofía moral posterior¹². Según el Aquinate, la fortaleza se divide en dos grandes áreas (Royo Marín 1973: 359-60). La primera es la que permite acometer cosas grandes. Con prontitud de ánimo y confianza en el fin, la fortaleza adquiere la forma de la *magnanimidad*. Sin desistir a pesar de los grandes gastos ocasionados, se llama *magnificencia*. La segunda parte es la que permite resistir a las dificultades, como aquellas causadas por la tristeza de los males presentes; así deriva en *paciencia* y *longanimidad*. Y sin abandonar la resistencia aunque el sufrimiento se prolongue, será especificada como *perseverancia* o *constancia*.

Valor e ingenio en el *Quijote*

Frente al valor está el ingenio, el cual es más bien propio de los letrados, y sin embargo es la característica más señalada de don Quijote. La definición del título es evidente al respecto, incluso si hubiera sido un calificativo tardío por parte de Cervantes. Ciriaco Morón Arroyo dice sobre el ingenio:

«Yo creo que el hidalgo no solo es "ingenioso", sino que este término es el axioma sobre el que se fundan la locura y la conducta de don Quijote en todo el texto: ingenio sin juicio». (Morón Arroyo 2005: 46)

12. Aristóteles y Santo Tomás de Aquino tienen grandes semejanzas, pero también diferencias fundamentales. En el caso de la fortaleza, el primero la centra en el ámbito militar y, probablemente, no reconoce la noción de pecado, de culpa personal (en todo caso, como se dirá, habla acerca de la *akrasia*). Tampoco conoce lo que para Santo Tomás es la mayor realización de esta virtud: el martirio. Además, la relación de la virtud de la fortaleza con el don de fortaleza (el cual precisa de la aparición de un orden nuevo, que el Estagirita ignora), tiene que otorgar nuevas perspectivas al tratamiento de esta virtud (Aranguren 2000: 17).

Las críticas a los primeros son comunes en la novela, como cuando se menciona que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados (Cervantes 2005 [1605]: 446 [I, 38]). O que las letras pelean con las armas por saber cuál es la que sustenta a la otra (Cervantes 2005 [1605]: 447 [I, 38]). De todas estas diatribas entre letrados y caballeros, la más importante es el *Discurso sobre las armas y las letras* (Cervantes 2005 [1605]: 445 [I, 38]) que comentaremos más adelante. En esa misma línea está la respuesta que don Quijote da al eclesiástico de los duques:

«Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia; otros, por el de la adulación servil y baja; otros, por el de la hipocresía engañosa, y algunos, por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra». (Cervantes 2005 [1605]; 890 [II, 32])

La novela ensalza el valor de la condición caballeresca, pero contrasta con la primera mención del protagonista: «de complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro» (Cervantes 2005 [1605]: 36 [I, 1]). Aunque esta noticia no da indicios de debilidad, sí lo da el marco de la edad: «frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años» (Cervantes 2005 [1605]: 36 [I, 1]). Según los esfuerzos que la historia menciona (madrugador y amigo de la caza), comprobamos que a pesar de su edad¹³ se encuentra en un buen estado de salud y no es un personaje sedentario. A esa complexión, como comentamos, se suman los atavíos que usa, los cuales mueven a temor o sorpresa a muchos de los que se encuentra.

13. A inicios del siglo XVII frisar los cincuenta años era ingresar a la ancianidad.

La historia narrada por Cervantes presenta desde las primeras páginas dos elementos importantes para nuestra pesquisa: el de un anciano que se quiere armar caballero, y en quien resalta ese ingenio desbocado que lo vuelve famoso. El libro entero es una ironía en la que el autor «mece» a su protagonista, creyente de la fuerza de su brazo, y sin embargo ya viejo y elevado por su ingenio y creatividad.

Ya en la venta, Maritornes, en el capítulo 43, le pedirá una de sus manos. La descripción de don Quijote sobre esa mano está relacionada con su falsa concepción de sí mismo. Se encuentra maniatado, lo cual pudiera ser un símbolo de su fragilidad. Sin embargo, la representación que hace de su mano es una especie de puente hacia la concepción de su energía moral¹⁴. También había hablado de su brazo antes, al negarse a casarse con la princesa Micomicona, comentando que es Dulcinea¹⁵ la fuente de su valor.

Otra mirada a don Quijote, esta vez en la historia del caballero recién publicada que se comenta en el capítulo 3 de la segunda parte. El bachiller Sansón Carrasco realizará una descripción ecfrástica de don Quijote:

«—Si por buena fama y si por buen nombre va —dijo el bachiller—, solo vuestra merced lleva la palma a todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el

14. «Tomad, señora, esa mano, o, por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, a quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contestura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas; de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene» (Cervantes 2005 [1605]: 508 [I, 43]).

15. «¿Y no sabéis vos, gañán, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga?» (Cervantes 2005 [1605]: 352 [I, 30]).

cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuestra merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso». (Cervantes 2005 [1605]: 648 [II,3])

Sancho dice de su amo que es demasiado decidido y que es capaz de acometer a cien hombres como un muchacho goloso se acerca a media docena de badeas (Cervantes 2005 [1605]: 660 [II, 4]). Allí mismo el escudero recordará que ha oído de su amo que la valentía es un medio entre dos extremos, y que quisiera que don Quijote actuara de esa manera¹⁶, sugiriendo que a veces es temerario. Volverá también a afirmarlo en la aventura de los leones¹⁷, opinión que es confirmada por don Diego de Miranda¹⁸. Sin embargo, Basilio y su esposa, con quienes don Quijote y Sancho pasan tres días, opinan que el caballero es valiente y lo comparan con el Cid (Cervantes 2005 [1605]: 808 [II, 22]).

En el recorrido de la novela surgen de manera espontánea las aventuras. Sean creadas por don Quijote o circunstanciales, según la tradición caballeresca las aventuras ayudan a definir la personalidad del caballero¹⁹.

16. «Y más, que yo he oído decir, y creo que a mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los estremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasia pide otra cosa» (Cervantes 2005 [1605]: 660 [II, 4]).

17. «No es loco –respondió Sancho–, sino atrevido» (Cervantes 2005 [1605]: 763 [II, 17]).

18. «Y ¿qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones?» (Cervantes 2005 [1605]: 769 [II, 17]).

19. «La peligrosa naturaleza de estas aventuras asegura que el

Aventuras victoriosas

La primera de las aventuras en donde don Quijote prueba su fuerza es con el labrador Juan Haldudo. El labrador, como dice la historia, era «hombre de buen talle» (Cervantes 2005 [1605]: 63 [I, 4]), pero a pesar de ello, al ver «aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto» (Cervantes 2005 [1605]: 63 [I, 4]). Por ello accede sin chistar a las sugerencias de don Quijote. La victoria es pírrica porque al irse el caballero el labrador termina azotando otra vez al mozo. A pesar de la edad y la poca preparación física de Alonso Quijano, este no es un desvalido: su misma apariencia inspira temor en ciertas ocasiones²⁰. Está bien pertrechado con armas de antaño y conoce bien las costumbres en batalla por sus lecturas. En ciertas ocasiones esta apariencia guerrera, sumada a otras imágenes, ha hecho que el *Quijote* parezca una historia plagada de lances. Algunos capítulos más adelante, viene la contienda contra un escudero vizcaíno que termina (Cervantes 2005 [1605]: 111 [I, 9]) con este vencido. Son también aventuras victoriosas aquellas en las que se enfrenta a los clérigos (Cervantes 2005 [1605]: 207 [I, 19]), la del yelmo de Mambrino

héroe es un hombre muy superior a los demás; es por tanto, ejemplar y muchas veces aristocrático. El interés narrativo radica en la forma en que el héroe supera los obstáculos que encuentra en su camino; en su valor y voluntad, y no en su estado de ánimo. Y como la habilidad de concluir con éxito una aventura es una muestra de la valía del caballero, no hay necesidad de ahondar más en su conciencia o psicología. Las aventuras definen a los personajes, ordenándolos en las categorías morales bastante básicas de bueno y malo, valeroso y cobarde, honrado e innoble» (Williamson 1991: 56).

20. Las viejas armas con las que andaba, así como sus gestos y forma de hablar, hacían que muchos de los que se encontraban con él se asustaran.

(Cervantes 2005 [1605]: 222 [I, 21]) y la liberación de los galeotes (Cervantes 2005 [1605]: 236 [I, 22]).

Otra batalla de la que don Quijote sale victorioso es contra el Caballero de los Espejos (Cervantes 2005 [1605]: 742 [II, 14]), Sansón Carrasco, con quien se bate en duelo. Vale la pena mencionar que el bachiller pensó ganar la contienda «teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase a merced del vencedor» (Cervantes 2005 [1605]: 747 [II, 15]). La visión del bachiller es superficial, pues don Quijote no es un hombre débil, como ya hemos señalado. A Sansón Carrasco no le impulsará en adelante el deseo de que el héroe recobre el juicio, ahora más bien surge un deseo de venganza.

Una victoria interesante es la que don Quijote obtiene contra los leones (Cervantes 2005 [1605]: 760 [II, 17]). En ella don Quijote se enfrenta a dos bravos leones que el general Orán mandaba al rey. Don Quijote piensa que quienes le envían los leones son los encantadores. Su convicción es de tal firmeza que el discreto discurso del Caballero del Verde Gabán no lo convencerá de lo contrario:

«—Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza. Cuanto más, que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan: van presentados a Su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje». (Cervantes 2005 [1605]: 763 [II, 17])

Don Quijote esperó al león al abrir la jaula, el felino diose media vuelta y se recostó mostrándole las posaderas. No podemos dudar de la valentía del caballero, a pesar de su temeridad imprudente. Luego el león no quiso

salir, y queda un detalle más que nos interesa: el consejo del leonero cuando don Quijote le pide que azuce a la fiera para que salga, consejo que presenta también el entramado escolástico de orden y raciocinio:

«—Eso no haré yo —respondió el leonero—, porque si yo le instigo, el primero a quien hará pedazos será a mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta: en su mano está salir, o no salir; pero, pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día. La grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada: ningún bravo peleante, según a mí se me alcanza, está obligado a más que a desafiar a su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento».
(Cervantes 2005 [1605], 767 [II, 17])

Ya hemos mencionado las atingencias de Sancho y de don Diego de Miranda a dicha hazaña, pero lo cierto es que, como señala el leonero, «el esperante gana la corona del vencimiento» (Cervantes 2005 [1605]: 767 [II, 17]). Más adelante también don Quijote vence al lacayo Tosilos en defensa de la hija de doña Rodríguez y es aclamado por su victoria (Cervantes 2005 [1605]: 1088 [II, 56]).

Las derrotas

Antes de iniciar sus aventuras, don Quijote se recoge en la venta donde será armado caballero y luego saldrá a tener aventuras en las que probar su vigor. Normalmente las aventuras del caballero terminan demostrando sus debilidades. Ya en la segunda de sus hazañas, contra el viz-

caíno, a pesar de su triunfo pierde parte de la oreja, y sin embargo no hay mención alguna de las repercusiones posteriores de esa herida. Igual suerte narrativa tienen los otros golpes recibidos por el caballero: tan solo encontramos menciones de sus magulladuras, y luego de unas horas o días todo queda en el olvido literario. Si hiciéramos un análisis médico acerca de las repercusiones físicas de los golpes recibidos, probablemente los resultados serían más duros que los descritos. El bachiller Sansón Carrasco señala que hubieran podido censurarse los muchos palos recibidos por don Quijote (Cervantes 2005 [1605]: 649 [II, 3]).

Tenemos, entonces, las varias ocasiones en que don Quijote es apaleado o acaba maltrecho. Está, por ejemplo, la aventura de los mercaderes toledanos (Cervantes 2005 [1605]: 67 [I, 4]) a quienes don Quijote toma por caballeros andantes y que terminan moliéndolo a palos. Otra aventura en la que don Quijote es maltratado es la de los molinos de viento (Cervantes 2005 [1605]: 94 [I, 8]), a los que ve como «desaforados gigantes», y que el caballero enfrenta, al final, maltrecho y con la lanza rota. La figura es muy interesante: no es casualidad que sea una de las más famosas imágenes de la novela. Interesante es también el diálogo posterior de caballero y escudero, en el que, camino de Puerto Lápice, Sancho dirá que la incómoda postura de don Quijote ha de ser por causa del molimiento de la caída:

«—Así es la verdad —respondió don Quijote—; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella». (Cervantes 2005 [1605]: 97 [I, 9])

Aquí tenemos una muestra de que la fortaleza no está referida tan solo a la dimensión física, sino a un tipo de firmeza interior. Siguen las aventuras de don Quijote: esta vez

acomete contra unos frailes de San Benito pensando que eran encantadores (Cervantes 2005 [1605]: 99 [I, 8]), y termina golpeado por los mozos. Sin miedo a las heridas, se lanza al ataque de los dos rebaños (Cervantes 2005 [1605]: 193 [I, 18]). Con arrogancia, cree que él solo se basta para dar la victoria y es herido por una «peladilla de arroyo». Pierde tres o cuatro dientes y queda maltrecho nuevamente.

Pero las aventuras que terminan mal son un reclamo –como ya hemos mencionado– a la fortaleza interior, relacionada con la virtud. Incluso en las situaciones más penosas, don Quijote confía en la fortaleza y el poder de la virtud, como cuando es enjaulado en el carro de bueyes. En el discurso que da ante el ventero, su hija y Maritornes, en tono caballeresco, don Quijote dirá:

«Pero, con todo eso, la virtud es tan poderosa que, por sí sola, a pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor, Zoroastes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo».
(Cervantes 2005 [1605]: 541 [I, 47])

Quizás una de las miradas más señeras sobre la situación de don Quijote luego de haber regresado a la aldea la da el ama en casa del bachiller Sansón Carrasco.

«Quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con ésta será la tercera, a buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido a palos. La segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba a entender que estaba encantado; y venía tal el triste, que no le conociera la madre que le parió: flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro, que, para

haberle de volver algún tanto en sí, gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejaran mentir». (Cervantes 2005 [1605]: 678 [II, 7])

Resulta curioso en este análisis que son pocas las aventuras en las que no hay una transfiguración de la realidad. Tan solo la aventura de los galeotes (Cervantes 2005 [1605]: 236 [I, 22]) y la aventura de los leones (Cervantes 2005 [1605]: 760 [II, 17]) no tienen un añadido significativo por parte de la imaginación del protagonista. En las demás, la transformación de los personajes en la imaginación de don Quijote es patente. En los dos casos mencionados, don Quijote obtiene un tipo de victoria, aunque sobre la base no de su fuerza o ingenio, sino de la fortuna. Y aquí podría surgir una nueva pregunta: ¿en qué caso don Quijote vence por sus propias fuerzas? Creo que solamente en la aventura del vizcaíno y en la batalla con el Caballero de los Espejos, don Quijote vence en igualdad de condiciones. Las otras victorias son ilusorias, como en el caso del yelmo de Mambrino. En el caso del vizcaíno, podríamos decir que la victoria fue mayor, pues la intención del oponente era de perpetrar daño sobre su enemigo, y que gracias a un golpe de espada que «con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza» (Cervantes 2005 [1605]: 111 [I, 9]), don Quijote vence esta batalla. En el caso del enfrentamiento con el Caballero de los Espejos, Sansón Carrasco no tenía intención de dañar gravemente a Alonso Quijano, y por ello quizás estaba en desventaja frente a don Quijote, aunque luego le vencerá enmascarado como el Caballero de la Blanca Luna.

El texto constata que el valor no se pierde con los años, aunque sí la fortaleza física. La ironía entre estos dos ex-

tremos se muestra también en los momentos en que don Quijote alardea de su fuerza a pesar de ser un hombre viejo y débil, como cuando le habla a Pedro Alonso, su vecino:

«—Yo sé quién soy —respondió don Quijote—; y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia, y aun todos los Nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías». (Cervantes 2005 [1605]: 111 [I, 9])

O cuando arremete contra los yangüeses y responde a la observación de Sancho:

«—¿Qué diablos de venganza hemos de tomar —respondió Sancho—, si éstos son más de veinte y nosotros no más de dos, y aun, quizá, nosotros sino uno y medio? —Yo valgo por ciento —replicó don Quijote». (Cervantes 2005 [1605]: 160 [I, 15])

Y otra especie de ironía es cuando dice poder enfrentar a la Santa Hermandad: «—Pues no tengas pena, amigo —respondió don Quijote—, que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto más de las de la Hermandad» (Cervantes 2005 [1605]: 113 [I, 10]).

El noble frente al plebeyo: Sancho y la fortaleza

En el capítulo 10, don Quijote se ufana de su valentía y le pregunta a su escudero:

«Pero dime, por tu vida: ¿has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en

acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?». (Cervantes 2005 [1605]: 114 [I, 10])

A lo que Sancho responderá que como no sabe leer ni escribir no ha pasado los ojos por ninguna historia, pero que nunca en su vida ha servido a un amo tan atrevido. La perspectiva que tiene Sancho va variando a lo largo de la historia. Al principio la ignorancia del escudero no le permite entender bien quién es don Quijote y cree a pie juntillas todo lo que su amo le dice. Conforme va avanzando la historia, Sancho se da cuenta de que su amo desvaría, y considerará locuras muchas de las aventuras que se inventa y afronta. Sin embargo, la perspectiva de la fortaleza de don Quijote va madurando hasta el final de la historia, en donde se hace patente la admiración que el escudero siente por su amo.

Esa contraposición entre la valentía de don Quijote y Sancho da bastante juego narrativo a lo largo de la historia. El no otorgar concesiones al miedo es un esfuerzo constante por parte de don Quijote, quien después de liberar a los galeotes y haber recibido otra lluvia de piedras, acepta el consejo de Sancho y se retira del camino real para evitar toparse con la Santa Hermandad, pero lo hace defendiendo en un pequeño discurso su valentía:

«—Naturalmente eres cobarde, Sancho—dijo don Quijote—, pero, porque no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condición: que jamás, en vida ni en muerte, has de decir a nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer a tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, te desmiento, y digo que

mientes y mentirás todas las veces que lo pensares o lo dijeres. Y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente déste, que parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aquí solo, no solamente a la Santa Hermandad que dices y temes, sino a los hermanos de los doce tribus de Israel, y a los siete Macabeos, y a Cástor y a Pólux, y aun a todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo». (Cervantes 2005 [1605]: 248 [I, 23])

Recién empezada la segunda parte, Sancho dirá que no quiere ser valiente, sino un leal escudero:

«no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante». (Cervantes 2005 [1605]: 660 [II, 4])

Ciertamente Sancho no es valiente, se lo reclama don Quijote en la aventura del barco encantado, cuando dice que tiene «ánimo de ratón casero» (Cervantes, 2005 [1605]: 870 [II, 29]), o cuando sale corriendo mientras la duquesa, el duque y don Quijote salen a recibir a un fiero jabalí (Cervantes 2005 [1605]: 914 [II, 34]). Don Quijote arenga a su criado, y le recuerda que él está a su lado cuando montan sobre Clavileño²¹.

21. «—Ladrón, ¿estás puesto en la horca por ventura, o en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual decendió, no a la sepultura, sino a ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy a tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga a la boca el temor que tienes, a lo menos en presencia mía» (Cervantes 2005 [1605]: 960 [II, 41]).

Cuando se encuentra a los lectores don Jerónimo y don Juan, Sancho explica la fisonomía de su amo y la de él en una descripción muy breve: «mi amo, valiente, discreto y enamorado; y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho» (Cervantes 2005 [1605]: 1114 [II, 41]). En donde encontramos la diferenciación entre don Quijote y él.

El *Quijote* y la composición del héroe literario

El profesor británico Edward Riley señala cómo el *Quijote* es un apunte definitorio sobre la composición del héroe moderno y contemporáneo (Riley 2001). La novela de Cervantes sería un punto de intersección a partir del cual se da un desarrollo del protagonista de las historias heroicas.

Las llamadas «líneas de relación» con el protagonista de la novela de Cervantes pueden plantearse desde una doble clasificación. Por un lado estarían las líneas que podríamos llamar «temporales», en las cuales el personaje de Cervantes es un factor en el desarrollo de la historia de la literatura. Por otro, estarían las constantes estructurales narrativas que se repiten en el *Quijote* y en otras obras a lo largo del tiempo. En cuanto a las líneas temporales, el protagonista inicia una nueva perspectiva que supera al héroe de la epopeya, e inicia lo que muchos han considerado el héroe moderno. Es lo que Riley había llamado «punto de intersección o punto nodal en un proceso progresivo que estaba ya en curso mucho antes de Cervantes y que después ha continuado prolongadamente» (Riley 2001: 154). El que la *fortitudo* hubiera estado presente como una de las grandes aspiraciones de los personajes heroicos en la historia de la literatura pasa a un segundo plano a partir de la Modernidad. El protagonista moderno no anda tras la con-

secución de grandes hazañas, pues ya solo los avatares de la vida cotidiana suelen complicársela. Desde esa perspectiva, el *Quijote* marca un antes y un después, y es el iniciador, por esta y otras razones, de la novelística moderna.

Los estadios del protagonista

Para poder seguir esas líneas temáticas en la historia de la literatura y en la estructura misma de la novela, me permitiré realizar un artificio que en ningún caso intenta ser una disección del protagonista. Más bien se trata de contemplar a don Quijote desde varias perspectivas o escorzos.

El primero de estos escorzos es el de la *obcecación*. Aquí me refiero al hidalgo Alonso Quijano en esta etapa de su vida en la que está obsesionado con la lectura de las novelas de caballerías. Es el hidalgo que de tanto leer va perdiendo la sensatez y que se encuentra en una situación de aburrimiento existencial. La segunda faceta es la más conocida, la *enajenación*. En ella don Quijote de la Mancha se cree un caballero andante que se lanza a la búsqueda de hazañas que realizar. El tercer escorzo, que es el que suele pasar más inadvertido es la *sensatez*: el regreso a la cordura de Alonso Quijano el Bueno en el lecho de muerte.

Relación de los estadios con la historia de la literatura

Existe una línea de relación del primer estadio con la novelística moderna y ya lo hemos mencionado. Alonso Quijano podría ser uno de los personajes de la larga lista de protagonistas de novelas modernas en las que una situación cotidiana sirve de argumento para el desarrollo de realidades interiores. Aburrido de su existencia y de las posibilidades que esta le ofrece, encuentra en la lectura de

las novelas de caballerías un refugio, que poco a poco va haciéndole perder el sentido de la realidad. Cervantes escoge su personaje de un grupo social bien definido, el de los hidalgos españoles de finales del siglo XVI, y este hidalgo solariego se encuentra ante una situación posible: vive un aburrimiento vital. Hay tipos de posibilidades que se convierten paradójicamente en necesarias²².

El héroe contemporáneo lucha contra los desengaños y las situaciones desfavorables de la vida y contra sus propias limitaciones en un ambiente aciago. Se trata del hombre gris que en algunos casos (o más bien en la mayoría) pasa desapercibido y que también es conocido como el *antihéroe*. Aquí encajaría bien Alonso Quijano. Alonso Quijano estaría en el mismo registro que el Leopold Bloom del *Ulises* de Joyce, o el protagonista de *La metamorfosis*. El personaje moderno está lejos de los principios clásicos que definen la concepción del héroe antiguo, como señala Jesús Maestro²³. La distancia entre uno y otro (entre Alonso

22. «Mi hipótesis es que la experiencia del significado estético –en particular el de la literatura, las artes y la forma musical– infiere la posibilidad necesaria de esta "presencia real". La aparente paradoja de una "posibilidad necesaria" es, la que el poema, la pintura o la composición musical tienen derecho a explorar y poner en acto» (Steiner 1991 [1989]: 14).

23. «Asimismo, el personaje moderno está muy lejos de los principios aristotélicos que definían la actuación y el discurso del héroe. Sus palabras y sus hechos, su discurso y su acción, su lexis y su fábula, están en el polo opuesto del aristotelismo. Lejos queda el decoro; lejos también está la concepción lógica y causal de los hechos que funcionalmente determinan las acciones humanas. No hay fundamento más allá del azar, con frecuencia sin más sentido que el de la monotonía más vulgar». Jesús G. Maestro, reseña a Edward C. Riley: «La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria», en la página web de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes <<http://www.cervantesvirtual.com>>.

Quijano y don Quijote) es muy grande, aunque no podemos olvidar que don Quijote es quien es gracias a Alonso Quijano. La formación humanística del caballero se da gracias a que Alonso Quijano se dedicó a la lectura y a la reflexión en algún momento de su vida. Esta formación es la que permite después a don Quijote realizar sus posteriores discernimientos y diatribas. En este punto las líneas de relación apuntan inequívocamente hacia el clasicismo y la epopeya. Los parientes literarios de don Quijote serán Aquiles, Eneas y Ulises. A pesar de la lejanía del clasicismo, hay conexiones entre el héroe moderno y el clásico²⁴.

El segundo estadio, el de don Quijote, está en relación más cercana con el héroe epopéyico, con sus ansias de enfrentar peligros y de dibujar hazañas que sean recordadas. Es clara la relación de don Quijote con los grandes héroes homéricos y latinos. Como ya hemos mencionado recordando las enseñanzas de Curtius, la épica medieval es heredera de la épica clásica. Aquiles, Héctor, Ulises, Orestes y Eneas son recordados por don Quijote, y sus planteamientos andan en la línea de sus desarrollos. El riesgo se asume con consciencia de la propia vulnerabilidad, y en la historia de la literatura uno de los primeros *arriesgados* es Ulises²⁵.

24. «Filosofar tras Rousseau y Kant, encontrar un medio conceptual para expresar la condición psíquica, social e histórica del hombre, es pensar "trágicamente". Es encontrar en la obra trágica, como Nietzsche encontró en Tristán, el *opus metaphysum par excellence*. Esto significa que el discurso filosófico formal, desde Kant a Max Scheler y Heidegger; implica o articula una teoría del efecto trágico y que, casi instintivamente, recurre a pasajes de la tragedia para dar decisivas ilustraciones» (Steiner 2000 [1984]: 16).

25. «Resulta inevitable entonces plantear una pregunta importante: ¿por qué arriesgarse a tanto? ¿Es por orgullo o la obstinación de un hombre que no conoce sus límites?, ¿responde a una enfermedad mental, a un

La locura no encuentra un paralelo en la historia de la literatura; don Quijote es un loco como protagonista. La estructura se conecta con la lírica medieval y también con su cosmovisión.

«Los medievales eran librescos. En verdad, creían en los libros a pie juntillas. Les costaba mucho creer que algo que un antiguo *auctour* hubiese dicho fuera pura y simplemente falso. Y heredaron una colección de libros muy heterogénea: judíos, paganos, platónicos, aristotélicos, estoicos, cristianos primitivos, patrísticos. O –según una clasificación diferente– crónicas, poemas épicos, sermones, visiones, tratados filosóficos, sátiras». (Lewis 1997: 18)

El tercer estadio, el de la sensatez, probablemente estaría más relacionado con la literatura espiritual de la época que con otra temática. Don Quijote en su lecho de muerte se dedica a pedir perdón y a realizar recomendaciones sabias, lo cual es típico de ese tipo de escritura.

La fortaleza en los tres estadios

Una rápida mirada a la *fortitudo* en cada caso será interesante. Quizás la debilidad más patente en la dimensión de la obcecación sea la tristeza, que por los rasgos descritos po-

desvarío, o a la ceguera causada por una promesa?, ¿tiene sentido mantener una meta así de exigente ante la presencia de ese número de obstáculos? ¿Por qué arriesgarse a tanto? Y el hombre rico en argucias respondería que la razón estriba en que, por encima de su supervivencia, por encima de ese instinto a "permanecer en la existencia", que parece irrefrenable en el que huye, él prefiere el riesgo, pues su seguir viviendo tiene su razón de ser en un doble nombre propio, Ítaca y Penélope, que son su meta, que constituyen su fin. Ulises es plenamente coherente con la visión del mundo de los héroes» (Aranguren 2000: 27).

dría ser un tipo de acidia o depresión. Otra lasitud no tan importante es la de los avatares económicos fruto de su despreocupación. ¿Será la introversión de Alonso Quijano una debilidad? Definitivamente, el hidalgo manchego era introvertido en su etapa de obcecación, y se ensimismaba mediante las lecturas de las novelas de caballerías.

He señalado como característica de este espacio el *tedium vitae*, mencionado varias veces en este trabajo. Algo de ello menciona Auerbach en su celebrada *Mimesis*:

«En las primeras líneas de su novela apunta Cervantes algunos datos acerca de la situación social del protagonista. De lo poco que el autor nos cuenta se deduce, desde luego, que esta situación social oprimía a nuestro héroe, pues no le brindaba posibilidad alguna de actuar con arreglo a sus acciones y capacidades; sentíase paralizado, en cierto modo, por las trabas que le imponían, de una parte, su condición social y, de la otra, su pobreza. Cabría, pues, suponer que su descabellada decisión era una huida para salir de una situación insostenible, una manera de evadirse violentamente de ella. Y no faltan, en la literatura, en efecto, quienes sostengan esta explicación sociológica y psicológica». (Auerbach 1950 [1946]: 327)

Otro autor que también se refiere a esta circunstancia es Gonzalo Torrente Ballester

«A lo mejor, todo fue porque su peculio, modesto, le alcanzaba para ir tirando, ni más ni menos. Sin embargo, se aburría, como todo el mundo en los pueblos, donde cada día es igual al anterior y al siguiente, donde las novedades acaecen a consecuencia de un pedrisco, de una sequía o de unas lluvias». (Torrente Ballester 1984)

También es probable que el grado de introversión haya sido excesivo; lo demuestra el olvido de la administración de su hacienda. Sobre su fortaleza, podemos decir que hay una característica de la misma mencionada varias veces en la novela: «Alonso Quijano, el Bueno»²⁶, es decir, que no solo era un hombre sensato y juicioso antes de convertirse en don Quijote, sino un hombre justo.

En el estadio de *enajenación* vemos que don Quijote acarrea una debilidad grande, tanto que anula a las otras posibles debilidades: su locura. Decimos que opaca a las otras porque al haber perdido el juicio también pierde la posibilidad de realizar libremente sus acciones. Encontramos, además, la debilidad física de un hombre consumido por las lecturas y con una cincuentena de años, como ya hemos mencionado. En cuanto a ciertos destellos de la *fortitudo*, mencionaremos su grandeza de ánimo y una buena capacidad de discernimiento en cosas que no toquen a la caballería. Si Alonso Quijano buscó salir del tedio mediante sus andanzas, lo logró, o estuvo cerca de ello. El aburrimiento se convirtió en aventura y don Quijote ya no se sentirá apesadumbrado a la manera de su anterior estadio. Para salir de la depresión, Alonso Quijano empeñó su juicio, y de esa manera obtuvo una energía nueva y desbordante. Al perder el ancla del raciocinio, muchas de las potencias se disparan sin orden ni concierto. El aburrido hidalgo enloqueció, pero se convirtió en un loco lleno de ardor e ingenio.

En el último estadio, el de la *sensatez*, el protagonista se encuentra en el lecho de muerte. Aquí la fortaleza es la del

26. Son cuatro veces las que aparece tal denominación en la obra: Cervantes (2005 [1605]: 1218 [II, 74]), Cervantes (2005 [1605]: 1228 [II, 74]), Cervantes (2005 [1605]: 1220 [II, 74]), Cervantes (2005 [1605]: 1221 [II, 74]).

raciocinio recuperado. Alonso Quijano *in articulo mortis* es un hombre sensato y juicioso. La debilidad en este estadio es tan solo física, pues psicológica y espiritualmente el protagonista se ha recuperado totalmente. Pudiera haber alguna relación con la importancia del tema para la reflexión espiritual de la época²⁷.

Existe un juego constante entre las dimensiones antropológicas del personaje y estos estadios a los que me he referido. En unos el protagonista se muestra consistente corporalmente, mas no en lo concerniente a la psicología y el espíritu; en otros será fuerte espiritualmente, pero no físicamente. Creo que un cuadro ayudará a entender mejor este juego del que hablo.

	En el cuerpo	En la mente	En el espíritu
Obcecación	Debilidad/fortaleza	Debilidad/fortaleza	Debilidad/fortaleza
Enajenación	Debilidad/fortaleza	Debilidad	Nula
Sensatez	Debilidad	Fortaleza	Fortaleza

Clasifico los calificativos de las diferentes dimensiones de acuerdo con las categorías «fortaleza» y «debilidad». También podríamos referirnos a una situación intermedia en donde se entrecruzan las dos anteriores, y por ello se encuentran las dos presentes en algunas cuadrículas. Una cierta inconsis-

27. «De los pasajes que he reunido no es posible ciertamente sacar grandes conclusiones. No nos restituyen el detalle de la fisonomía de la predicación popular en la época de Cervantes. Pero nos permiten suponer que el tema de la muerte era uno de los lugares comunes de esa predicación, que ésta ponía a los fieles en guardia contra ciertas supersticiones y que ella permanecía fiel al uso de un procedimiento tal como el *exemplum*. La cosecha puede parecer modesta. Sin embargo, tal vez no sea despreciable» (Ricard 1964: 271).

tencia mezcla de debilidades y fortalezas parece ser la característica del primer estadio de la novela. En la dimensión física Alonso Quijano presenta los achaques propios de alguien cercano a la ancianidad según la realidad fisiológica de los Siglos de Oro, pero a la vez es suficientemente fuerte como para llevar a cabo su disparatada empresa. La mente y el espíritu están atrapados en ese nudo conformado por sus obsesiones y la acidia que vive, de manera que tampoco hay una circunstancia que prime. Desde el punto de vista antropológico la situación de Alonso Quijano es por lo menos mediocre. El estadio de la enajenación presenta una clarísima debilidad en el área mental y la misma mediocridad en el área física que el estadio anterior. La dimensión espiritual es nula debido a la locura. En cuanto al estadio de la sensatez, de manera paradójica, Alonso Quijano es muy débil en lo que respecta a su salud física, pero es fuerte espiritual y psicológicamente.

Ante posibles reticencias sobre la nulidad de la capacidad espiritual de don Quijote, habría que decir algunas palabras. Desde el siglo XIX hemos observado cómo el idealismo colocó la novela de Cervantes en un lugar privilegiado, y allí don Quijote se propuso como modelo de las cimas más altas a las que el espíritu humano puede aspirar. Ciertamente los ideales quijotescos son ejemplares en el sentido moral del término, sin embargo, también es cierto que por más alto que hubiera apuntado, su capacidad racional era restringida. Podemos hablar de un simbolismo en torno a los horizontes racionales de don Quijote, y una aguda capacidad mental para juzgar ciertas situaciones, pero el análisis realizado ha tomado en cuenta la tradición ética y jurídica occidental, la que apunta que una persona enajenada no tiene capacidad de opción moral libre. La paradoja continúa en otra dimensión, en la llamada «fortaleza ética» del personaje. La solidez del *Quijote* se basa en

parte en cómo pasa a ser un símbolo romántico, del idealismo e incluso, a poco tiempo, del postmodernismo. Pero llega a ser un ideal humano a pesar de sus defectos, lo cual es interesante y una muestra crítica ante visiones materialistas de la existencia²⁸.

Una heroicidad aventurera

Las aventuras de don Quijote están relacionadas con el héroe griego cuya acción determina de alguna manera el recuerdo que se tendrá sobre ellos²⁹. Las derrotas de don Quijote son subrayadas por Cervantes en las abundantes

28. «La dignidad del Homo Sapiens es exactamente eso: la realización de la sabiduría, la búsqueda del conocimiento desinteresado, la creación de la belleza. Ganar dinero e inundar nuestras vidas de unos bienes materiales cada vez más trivializados es una pasión profundamente vulgar, que nos deja vacíos. Puede que en aspectos hasta ahora muy difíciles de discernir, Europa genere una revolución antiindustrial como generó la propia revolución industrial. Ciertos ideales de ocio, privacidad, de individualismo anárquico, ideales casi ahogados en el consumo ostentoso y en la uniformidad de los modelos americano y asiático americano, tienen tal vez su función natural en un contexto europeo, aunque dicho contexto implique un cierto grado de recorte material. Quienes conocen la Europa oriental de las décadas negras, o Gran Bretaña en sus tiempos de austeridad, sabrán que las solidaridades y creatividades humanas pueden tener su origen en la relativa pobreza. No es la censura política lo que mata: es el despotismo del mercado de masas y las recompensas del estrellato comercializado» (Steiner 2005 [2004]: 50).

29. Por el contrario, en la tragedia griega la lucha del héroe, libre y conscientemente aceptada, es su grandeza. Incluso cuando es vencido y humillado, incluso cuando es muerto, es enaltecido por su afirmación de la acción y de una acción noble en su fundamento, aunque por ignorancia o falta de medida choque con lo divino. No hay, repito, el tipo del villano. Por eso el hombre, en la tragedia griega, aun cuando es aniquilado, nunca es aplastado (Rodríguez Adrados 1962: 28-9).

descripciones de los golpes sufridos. Don Quijote sigue buscando aventuras a pesar de las derrotas, lo que es muy común entre los caballeros andantes. Es también interesante comparar la fortaleza del héroe griego con la del héroe cristiano. Mientras que en el primer caso el héroe griego presenta un tipo de valentía estoica, en el caso cristiano la esperanza en una realidad teleológica desbarata el miedo a un destino fatal³⁰. En el mundo cristiano no hay fortaleza sin esperanza, ya que la misma es una resistencia desde el bien, lo cual resulta en una cierta serenidad, de la que incluso es muestra Alonso Quijano en el lecho de muerte.

Erich Auerbach titula el capítulo VI de *Mimesis* como «La salida del caballero cortesano». Se refiere al *Yvain* de Chrétien de Troyes, el *roman courtois* del siglo XII. Calogrenante –que así se llamaba el caballero– va en busca de lances «con los cuales pueda ponerse a prueba» (Auerbach 1950 [1946]: 130). Este hecho diferencia el *roman courtois* de la canción de gesta. Luego, el mismo Auerbach dirá que el *Quijote* es la interpretación más acabada de esta forma literaria.

Ciertamente don Quijote sale a los campos buscando batallas donde probar su fortaleza. Tal intención está vin-

30. «En el mundo griego el valiente, agarrotado quizás, se enfrenta con la muerte con una actitud que a menudo mezcla fatalismo, modos estoicos y audacia. A pesar de afirmar la objetividad de los problemas, en el mundo cristiano el contexto cambia: hay una presencia de la realidad más allá de la muerte, y esta realidad se conoce como amable, como verdadero bien, como efecto de una acción personal (donante y amorosa). En el universo tomista no hay lugar para un miedo definitivo porque se sabe del fin: de su existencia y de su modo de ser. Por eso no se puede hablar de fortaleza sin tener presencia del fin, y no es posible ser fuerte sin abrir el alma a metas tan amplias, tan grandes al menos como la apertura natural de la voluntad. La magnanimidad engarza naturalmente con el ánimo fuerte. Pero tampoco se puede hablar de fortaleza sin esperanza» (Aranguren 2000: 156-7).

culada a la antigua idea de una pedagogía ejercitada en la práctica. En la mentalidad medieval y cortesana es necesaria una educación en la virtud que ha de ser probada. Dicha pedagogía contiene la perspectiva de la aventura como examen de la virtud³¹, y esta idea resulta especialmente valiosa para sacar algunas conclusiones sobre el tema de la fortaleza. La propia fortaleza está ligada a otras virtudes como la prudencia, que permite una conciencia crítica del afrontamiento de los peligros, como bien especifica don Quijote después de la aventura del pueblo del rebuzno.

«—No huye el que se retira —respondió don Quijote—, porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la base de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo. Y así, yo confieso que me he retirado, pero no huido; y en esto he imitado a muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales, por no serte a ti de provecho ni a mí de gusto, no te las refiero ahora». (Cervantes 2005 [1605]: 863 [II, 28]).

Habría que acotar que las aventuras no tienen por qué tener alguna conexión, orden o planeamiento, más bien «la prueba por la aventura constituye el sentido propio de la

31. «Lo personal de las virtudes cortesanas no es algo que simplemente da la naturaleza, ni que se adquiere por nacimiento, en el sentido de que las situaciones prácticas impuestas por el hecho de nacer dentro del estamento feudal planteen exigencias prácticas en las cuales aquellas virtudes se hayan de desarrollar normal y espontáneamente, sino que es necesario, además del nacimiento, una educación adecuada para inculcar esas virtudes y la puesta a prueba constante, voluntaria e incesantemente renovada, para constatarlas. El medio de prueba es la aventura, *aventure*, una forma por demás peculiar y rara del acontecer concebida por la cultura cortesana» (Auerbach 1950 [1946]: 132).

existencia ideal caballeresca» (Auerbach 1950 [1946]: 132). Para los caballeros la victoria o derrota determina el valor del caballero como hombre elegido³². En el caso de don Quijote este orden aleatorio en relación con las aventuras se mantiene tal cual parecería en cualquiera de las novelas de caballerías anteriores.

Todo en el mundo del caballero apunta a la aventura, específicamente a la batalla. No existe una planificación del caballero sobre los lances por realizar, su existencia misma se encuentra ordenada en función de los combates imprevisos, de manera que el caballero ha de estar siempre listo para estos. Esta provisionalidad de la existencia caballeresca se encuentra bien retratada en la figura de don Quijote, para quien todo se encuentra relacionado con el combate (Cervantes 2005 [1605]: 446 [I, 38]).

Resulta curioso atender a la situación anterior de don Quijote, situación que ya hemos comentado, y de la que sale para crear una vida nueva en donde alcance la fortaleza. Alonso Quijano huye de un sufrimiento estéril para enfrentarse al mal como resultado de su fidelidad a una verdad y un bien específicos³³. Se trata de una situación soportada largamente y que redundante en la búsqueda de realización. Alonso Quijano encuentra en la tradición moral del caballero cristiano los desarrollos de su propia fortaleza. La constatación del mal es un primer paso para el desarrollo de la fortaleza. Sin la realidad del mal³⁴, no hay posibilidad de fortaleza. Para poder desarrollarse en la virtud, el caballero

32. Auerbach (1950 [1946]: 132).

33. «Es decir, el fuerte no busca el dolor, el "sufrir por sufrir", pero en cambio está dispuesto a enfrentarse al mal, a la aflicción, como una consecuencia de la fidelidad a un fin, a una verdad, a un bien, que se le aparece como no intercambiable por otros» (Aranguren 2000: 72).

34. «El planteamiento de Santo Tomás de Aquino no puede ser

necesita de una serie de combates, necesita vivir un tipo de guerra y por eso las batallas se hacen necesarias en su desarrollo. Don Quijote busca ser un guerrero y estar unido al bien defendiéndolo y buscando su instauración aun a costa de su vida (Aranguren 2000: 153-4). Alonso Quijano se siente atraído irremediabilmente hacia el bien y su defensa y por ello es que se ejercita en las dos maneras de enfrentamiento con el mal: la resistencia y el ataque³⁵. La novela cervantina podría leerse desde esta perspectiva, la de las aventuras como prueba de la fortaleza. Don Quijote sale por los campos en busca de ellas, para probar su valentía y para ser más fuerte. Aunque sufre muchísimos sinsabores, también es cierto que triunfa. Don Quijote es un hombre loco y, por lo tanto, un débil que se cree fuerte, y aunque cae en desatinos, desde otra perspectiva no va tan desencaminado. En él se apoya Sancho, que es temeroso. Esas manifestaciones de consistencia moral permiten desarrollos durante toda la novela.

trágico en el sentido griego. El optimismo metafísico caracteriza su modo de pensar en la medida en que la doctrina de la creación (lo que Gilson ha llamado metafísica del génesis) le avisa de que "vio Dios que era bueno". Pero Santo Tomás no puede por esto compartir el optimismo romántico: la debilidad del hombre convive con su misma malicia. La maldad no es necesariamente algo externo al corazón humano. El hombre tomista no es bueno por naturaleza, sino que su naturaleza se encuentra herida por la mancha del pecado: el optimismo de Rousseau es *naive*, comparado con el realismo tomista, que reconoce el mal» (Aranguren 2000: 167).

35. «La fortaleza anuncia la presencia del mal y la necesidad de combatirlo (ya sea por medio de la resistencia o del ataque). La fortaleza es un «testigo incontestable de la existencia del mal» –San Agustín, *De civitate dei*, lib. 19. cap. 4. citado por Pieper, oc. p. 182–. En la vida del hombre hay obstáculos, hay riesgo, decidirse por lo sencillo es, a menudo, haberse rendido: para lograr el bien es necesario combatir, pues los obstáculos existen y se presentan de modo activo contra el sujeto» (Aranguren 2000: 167).

Pareciera que don Quijote va en busca de sí mismo, de su propia historia y de su linaje. Su propia condición de hidalgo le hace indagar sobre su historia, y encuentra lo que él cree que son las respuestas necesarias en la tradición caballeresca. Por eso para él ser fuerte significa ser caballero, enfrentarse a los peligros, a las situaciones de riesgo, a las empresas audaces. En ello imita a la perfección la tradición caballeresca europea de los siglos anteriores, como bien señala Auerbach³⁶.

36. «La ética feudal, la representación ideal del caballero perfecto ha cobrado de este modo una influencia muy grande y duradera, y las ideas de bravura, honor, fidelidad, deferencia mutua, nobles costumbres y pleitesía a la mujer, vinculadas a ella, todavía deleitaron a gentes de periodos culturales totalmente distintos. Clases sociales de origen urbano y burgués, posteriormente encumbradas, adoptaron este ideal, a pesar de que no sólo era estamental y exclusivo, sino también vacío de toda realidad [...] De esta guisa el ideal caballeresco ha sobrevivido a todas las catástrofes que conoció el feudalismo a lo largo de los siglos. Incluso sobrevivió al *Don Quijote* de Cervantes, que interpretó el problema en la forma más acabada. La primera salida de Don Quijote, con su llegada de noche a la posada, que toma por un castillo, es una parodia perfecta de la salida de Calgrenante, precisamente porque Don Quijote no se encuentra con un mundo especial, preparado para la prueba caballeresca, sino con un mundo cualquiera, real y vulgar. Cervantes explica al comienzo mismo de su obra, por medio de la exacta descripción de las circunstancias de la vida de su héroe, cuáles son las raíces del extravío de Don Quijote. Éste es víctima de una estratificación social, dentro de la cual pertenece a una clase desprovista de función. Pertenece a ella sin remedio, pero como simple miembro, sin riquezas ni altas relaciones; carece de toda actividad y de toda misión y siente que su vida transcurre sin sentido, como si fuera un hombre paralizado. Sólo en un hombre como él, que vive casi como un labrador, pero que es un hombre culto y no puede o no debe trabajar como tal labrador, podían los libros de caballería ejercer influencia tan perturbadora. Su salida es la fuga de una situación insoportable y soportada durante mucho tiempo: quiere ejercer a todo trance la función que corresponde a su clase» (Auerbach 1950 [1946]: 133-4).

Don Quijote: ¿héroe o antihéroe?

Uno de los grandes aportes del *Quijote* a la novelística moderna es el planteamiento de un héroe cercano a la condición humana; puente entre el héroe antiguo y el hombre moderno. Un héroe con una gran certeza de los valores, pero achacado por sus propios problemas psicológicos, un héroe por momentos ridículo, por momentos fracasado, que refleja en sus derrotas la enorme paradoja de la heroicidad cristiana.

Todos, de una u otra manera, somos don Quijote y Sancho. Porque todos tenemos nuestros propios sueños y nuestras propias fragilidades. Todos nos enfrentamos de vez en cuando a gigantes y hechiceros, que algunas veces son terribles y nos machacan y otras son ilusorios y fantasmales. Todos quisiéramos ser libres y salir a los campos para cumplir nuestros anhelos. Todos tenemos momentos de miedo como Sancho y nos asombramos cuando vemos a otros que se lanzan a empresas difíciles y sinceras. Y todos vemos en la amistad una esperanza para cumplir nuestras ilusiones y, en ella, poder regresar a nuestro hogar y nuestro suelo. Todos somos en parte héroes y antihéroes. Por todo esto y por mucho más es que la novela de Cervantes nos interpela constantemente y nos permite comprender más la vida y el mundo donde vivimos.

BIBLIOGRAFÍA

ARANGUREN, J.

2000 *Resisitir en el bien. Razones de la virtud de la fortaleza en Santo Tomás de Aquino*. Pamplona: Eunsa.

AUERBACH, E.

1950 [1946] *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México: Fondo de Cultura Económica.

BOWRA, C.

1950 [1930] *Tradition and Design in the Iliad*. Oxford: Oxford at the Clarendon Press.

CERVANTES, Miguel de

2005 [1605] *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. (Rico, F. [Ed.]). Madrid: Real Academia Española.

CURTIUS, E. R.

1955 [1948] *Literatura Europea y Edad Media Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.

DÍAZ, C.

2004 *La virtud de la fortaleza*. Sevilla: Editorial Trillas.

FULGENCIO, Flavio

1542 *Mytologiarvm ad latvum*. París.

GEACH, P.

1993 *Las virtudes*. Pamplona: Eunsa.

HOMERO

1982 [VIII a.C.] *La Odisea*. Madrid: Gredos.

LEWIS, C.S.

1997 *La imagen del mundo. Introducción a la literatura medieval y renacentista*. (Manzano, C. [Trad.]). Barcelona: Ediciones Península.

LIDDELL, H.G.

1996 *A Greek-English Lexicon*. Oxford: Clarendon Press Oxford.

MORÓN ARROYO, C.

2005 *Para entender el Quijote*. Madrid: Rialp.

ORTEGA Y GASSET, José

2006 [1925] «La deshumanización del arte e ideas sobre la novela». En: ORTEGA y GASSET, J. *Obras completas* (Vol. III, p. 898). Madrid: Fundación Ortega y Gasset y Santillana Ediciones.

1983 [1935] *Sobre la razón histórica*. Madrid: Alianza Editorial y Revista de Occidente.

Don Quijote: ¿héroe o antihéroe?

RICARD, R.

1964 «Los vestigios de la predicación contemporánea en el Quijote». En: *Estudios de literatura religiosa española*. (Muñoz Cortés M. y W. Ross [Trads.]). Gredos.

RILEY, E. C.

2001 *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*. (Llerena, M. C. [Trad.]). Barcelona: Crítica.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F.

2003 [1986] *Diccionario griego-español*. Madrid: CSIC.

1962 *El héroe trágico y el filósofo platónico*. Madrid: Taurus. Cuadernos de la Fundación Pastor.

ROYO MARÍN, A.

1973 *Teología moral para seglares*. Madrid: BAC.

SAN ISIDORO

2004 [550?] *Etimologías*. (Oroz, J. y M. Marcos Casquero [Trads.]) Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

SANTO TOMÁS DE AQUINO

1954 [1262] *Suma teológica*. (Vol. VIII). (Barbado, F. [Trad.]). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

STEINER, G.

2005 [2004] *La idea de Europa*. (Condor, M. [Trad.]) Madrid: Siruela.

2000 [1984] *Antígonas*. Barcelona: Gedisa.

Ángel Pérez Martínez

1991 [1989] *Presencias reales. ¿Hay algo en lo qué decimos?*
(López Guix, J. G. [Trad.]) Barcelona:
Destino.

TORRENTE BALLESTER, G.

1984 *El Quijote como juego y otros ensayos críticos.*
Barcelona: Ediciones Destino.

WILLIAMSON, E.

1991 *El Quijote y los libros de caballería.* (Fernández
Prieto, M. J. [Trad.]) Madrid: Taurus.